

“La poesía francesa está desde el principio presente en cualquier español con vocación lírica”. Entrevista a Luis García Montero

Encarna Alonso Valero (Universidad de Granada), enero de 2020.

Luis García Montero (Granada, 1958) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de Granada y en 2018 fue nombrado director del Instituto Cervantes. Es uno de los poetas españoles más importantes de las últimas décadas y su obra ha marcado el panorama poético nacional e internacional en estos años. Entre sus poemarios más destacados están *Habitaciones separadas* (Premio Loewe 1993 y Premio Nacional de Poesía 1994), *Además* (1994), *Completamente viernes* (1998), *La intimidación de la serpiente* (Premio Nacional de la Crítica 2003), *Vista cansada* (2008), *Un invierno propio* (2011), *Ropa de calle* (2011), *Balada en la muerte de la poesía* (2016), *A puerta cerrada* (2016) y *Poesía completa (1980-2017)*. También es autor de ensayos como *El sexto día. Historia íntima de la poesía española* (2000), *Los dueños del vacío* (2006), *Inquietudes bárbaras* (2008) y *Las palabras rotas. El desconuelo de la democracia* (2019). En 2016 se estrenó el documental *Aunque tú no lo sepas*, basado en su vida y en su trayectoria como escritor.

Nos ha concedido esta entrevista, en la que reflexiona sobre la presencia de la literatura francesa en su poesía y en su formación filológica.

1. *Podemos empezar, si te parece, por tu faceta de profesor e investigador y luego continuamos por la de poeta. Eres especialista en poesía española del siglo XX; como profesor e investigador, ¿a qué poetas franceses te has acercado de manera particular?*

La verdad es que es difícil separar la vocación del profesor y del poeta. La poesía tiene para mí una voluntad de conocimiento que la hace inseparable de las preocupaciones de tipo intelectual. La poesía francesa está desde el principio presente en cualquier español con vocación lírica. Estudié la poesía de Verlaine como referencia ineludible en el paso de la poesía romántica y modernista al simbolismo. Y estudié la poesía de Baudelaire y la lectura que de él hizo Walter Benjamin para comprender la cultura urbana y sus consecuencias profundas en la mirada lírica. Después leí la poesía vanguardista. Pierre Reverdy, Breton, Aragon son referencias fundamentales para la tradición hispánica. A través de Albert Camus me interesé por René Char. Mi primer libro, *Y ahora ya eres dueño del puente de Brooklyn* (1980), se cerraba con una cita de Apollinaire: “À la fin tu es las de ce monde ancien...”. Mi ensayo *Poesía, cuartel de invierno* (1987) tiene mucho de diálogo con la poesía francesa.

2. *¿A qué poetas franceses admiras? ¿Hay alguno o algunos que creas que han dejado huella en tu poesía?*

Las huellas se dejan tanto en los caminos que se siguen como en las decisiones de cambiar de rumbo. Creo que el poeta francés que más ha influido en mí es Baudelaire. Su manera de ver la ciudad y su relación con París forma parte de mi mirada poética. Al mismo tiempo, su concepto del mal y del exceso me invitó a repensar lo que yo quería encarnar en la figura del poeta. Ahora pienso que leí a Baudelaire de la mano de Jaime Gil de Biedma. De ahí mis semejanzas, mi hermandad y al mismo tiempo mi opción por un sentimiento cívico a la altura de la lengua urbana. Se puede ser maldito, pero no por voluntad propia.

También la poesía francesa me enseñó por qué no me interesaba seguir siendo vanguardista al final del siglo XX. Respeto al surrealismo, pero como admiro una catedral gótica, sin ningún tipo de sentimiento religioso ni de devoción. Y la poesía pura o hermética tampoco me interesa para mi mundo personal. Admiro, claro, a Mallarmé o a Valéry. Pero mi vocación no es de su mundo. Ahora caigo en que en el libro en el que estoy trabajando hay un poema que nace del diálogo con Valéry. Está en borrador, pero te lo copio:

LAS HORAS

A Paul Valéry

La marquesa salió a las cinco.

Se le olvidó cerrar la puerta.
 Un verso amigo mío,
 republicano y bebedor,
 aprovechó el momento
 para entrar en Palacio.
 Asesinó al marqués aquella tarde,
 ese marqués pulido
 sin la emoción del tiempo.

La verdad es que hubiese resultado imposible
 unas horas después.
 El verso amigo mío
 se emborracha conmigo, y a la seis
 suele cantar confuso,
 ebrio de oscuridad.
 Vacilante soporta cadenas de fantasma.

Suele pasar así:
 horas que no se ven, pero se cruzan
 son el rodar de la palabra mundo,
 un anciano con ojos de invidente
 caído en una red.

A las siete quedaron los amantes,
 mientras el rey firmaba su destierro.
 A las ocho salía el escolar,
 mientras el bombardero se acercaba a Hiroshima.
 A las nueve una madre ha cerrado la puerta de su casa
 para comprar aceite, vino y pan,
 pero el hijo viajaba en aquel coche.

El verso amigo mío
 tiene la maldición de verlo todo
 sobre la piel del tiempo.
 Él supo lo que cabe en una hora.
 Y se dio a la tristeza lo mismo que un reloj,
 y se dio a la venganza,
 y se dio a la bebida.

3. *Estudiaste en Granada a finales de los 70 y en esos años empezaste también tu trayectoria poética. Eran años políticamente complejos. No sé si Francia era un referente para ti en ese momento.*

Francia era una referencia ineludible para la cultura que se enfrentaba con los años finales del franquismo y que buscaba salidas de libertad contra las tradiciones más clericales. Mi maestro, Juan Carlos Rodríguez, se presentaba como discípulo de Althusser. Y nos formábamos con sus libros y con los libros de Barthes, Foucault, Deleuze, Derrida. Luego también con Lyotard. Como mi verdadera vocación era la poesía, aprendí pronto a defenderme del estructuralismo y a salvar la trampa de creer que las formas de conocimiento de la literatura pueden compararse con las ciencias químicas, o que la presencia de la historia pueda confundirse con la muerte del autor, o que la rebeldía pueda abandonarse al gusto por los antisistemas en tiempo en los que el neoliberalismo asalta las formas democráticas del Estado, o que el fin de los grandes relatos pueda ser asumido por los que no quieren la mercantilización del tiempo. El instante de usar y tirar propio de la sociedad de consumo es enemigo de mi poesía.

4. *¿Y en lo literario? En el famoso manifiesto de La otra sentimentalidad hablabas de Diderot, de los valores de la Ilustración... Y después ha seguido siendo algo fundamental en tu obra.*

Sí, Diderot y *La paradoja del comediante* han sido radicales en mi educación estética. Creo poco en la efusividad y mucho en las representaciones del conocimiento. He leído como Dios no manda a Voltaire, Rousseau

y Diderot. De todos he aprendido a poner casa en lugares de frontera. Creo que necesitamos darle hoy una segunda oportunidad a la Ilustración. En mi último libro, *Las palabras rotas* (2019) hablo del cuadro de David, *El juramento de los Horacios*. Durante años he explicado en clase la interpretación de ese cuadro que hizo Jean Starobinski, y he planteado el peligro de separar en condiciones distintas el sentimiento y la razón. Necesitamos razones que se sostengan en sentimientos éticos para no derivar en bombas atómicas o campos de concentración y sentimientos razonables para no acabar en populismos supremacistas o irracionales.

5. *Ha salido hace poco un volumen de tu poesía traducida al francés.*

Sí, me hace mucha ilusión. Este año han salido dos traducciones de mi poesía al francés. La profesora Françoise Dubosquet ha publicado en Al Manar una antología de todos mis libros con el título de *Une mélancolie optimiste* y el poeta Jean Portante ha traducido para Caractères mi último libro, *A puerta cerrada*, o sea *À huis clos*, devolviendo así la deuda a Jean Paul Sartre.

